

DOS LIBROS DE MIGUEL LUIS ROCUANT.

Ni los empleos públicos, ni la diplomacia, apartaron nunca a Miguel Luis Rocuant de la vocación con que entró por el mundo. Desde que se inició con una colección de versos, hace treinta y seis años, ha ido publicando libros, ya de crítica artística, ya de viajes, hasta que el año último nos sorprendió con una novela «El Crepúsculo de las Catedrales», editada en España. El poeta, enamorado de las artes plásticas, no parecía muy inclinado a este género en que las pasiones humanas toman su especial relieve. Porque Miguel Luis Rocuant fué siempre un parnasiano, es decir, un hombre cautivado por el arte griego, la belleza de sus mármoles. Su libro «Blancuras sagradas», publicado en 1921, es el que nos da la principal razón de su índole.

Pero escrito está que el hombre permanece esclavo de su temperamento. Porque éste es la flor de su sangre y de su espíritu. Podrá evolucionar, sólo que esa evolución ha de ser lenta. He ahí por qué la novela de Miguel Luis Rocuant es de carácter plástico, es decir, una obra de imaginación en que prima lo objetivo y la subjetividad casi no existe. Su personaje principal es un escritor que se siente atraído por los cuadros. Sobre ellos escribe. Y es en una exposición de pintura en donde traba conocimiento con Raquel, que ha de ser el amor de su vida. Describe a Raquel como si describiera una composición pictórica. Experimenta ante ella la emoción que despierta un hermoso paisaje. Nada hay, pues, en su amor de turbulento o de enfermizo. No abandona su corazón las palpitations regulares. Ni habrá de llegar a la tragedia. Todo, sin embargo, conduce a un drama hondo. La bonita mujer es casada con un hombre rico, y el artista enamorado no tiene más que su sueldo. Esto no impide que los dos se amen, ya que es bien sabido que el amor no se detiene en diferencias económicas. Ni tampoco en las prohibiciones que la ley establece. Así Luis Alberto y Raquel ponen su pasión por encima del peligro. Este llega, al fin, con sus pasos

contados. Pero tampoco la tragedia estalla. Raquel, a pretexto de una enfermedad, obtiene que su marido la envíe a Europa. Allá se le va a reunir su amante. Y una tarde visitan juntos la catedral de Notre Dame. La descripción de la catedral a la luz coloreada del crepúsculo es uno de los aciertos de la novela, y muestra una vez más la inclinación particular del escritor. Los amores concluyen, porque Raquel debe regresar, conquistada por el deber, y más que todo porque si ella da lugar al escándalo corre peligro un enlace beneficioso de su hermana. Regresa rápidamente, y él ignora en qué vapor. En el primero que parte regresa él también, y su entrada a Santiago da lugar a estas frases: «Corría el tren. El cielo atenuaba su azul en leves tonos verdosos. Brilló una nube; luego otra; un grupo inmenso de nubes brilló, a los últimos rayos del sol, sobre las cumbres andinas. La parte de la cordillera encendida por los reflejos subía, subía, como una fachada catedralesca, en cuyo coronamiento las crestas más agudas semejaban imágenes de piedra, medio perdidas ya en las llamas aéreas». Nada más. La historia ha concluido, en manos de un autor que no pierde su serenidad olímpica. En ella Miguel Luis Rocuant ha sabido permanecer fiel a su especial idiosincrasia.

Ahora me envía de París, donde actualmente reside, la traducción que hizo Adolphe de Falgairolle de su libro «En la barca de Ulises», publicado hace tres años en España. No había caído en mis manos la edición española; de modo que he debido trabar conocimiento con este libro en el idioma de Molière.

Hay que confesar, ante todo, que Miguel Luis Rocuant ha sabido comunicar a este libro de viajes, con sus descripciones de esculturas y de ruinas, el apasionante interés de la mejor novela. Ha edificado este milagro con los medios más simples. Entre los restos del viejo arte griego, nuestro escritor se siente transportado al paraíso, y sabe comunicarnos de tal modo su exaltación y su arrobamiento, que navegamos con él en la legendaria barca de Ulises, sin que nunca nos hiera el hastío ni nos

acobarde el mareo. Nos transmite Rocuant la embriaguez que le produjeron las ruinas y, prácticamente, nos hace vivir entre los dioses. Porque el secreto de su encanto está en la acertada evocación de los mitos que poblaron el maravilloso archipiélago. Un capitel, el trozo de una estatua, una piedra son suficientes para resucitar ante nuestros ojos, con una vida ardiente, las viejas creaciones de la fantasía helena o la figura real de un héroe o de un filósofo. Su rebusca, en los alrededores de Atenas, del célebre jardín de Epicuro, le da ocasión para adentrarnos en la doctrina de este maestro de la verdadera alegría. Luego después, de Eleusis y sus misterios nos traslada a Micenas, en donde Agamenón cayó bajo el hacha de Clitemnestra; de Epidauró al oráculo de Delfos; de aquí a la fuente Castalia; nos hace revivir a Edipo y a la Efige, y terminamos con una maravillosa visión del mar Egeo desde el cabo Sunión, extremo sur del Atica.

Mas, entrar en detalles sería dar una idea pobre de lo que este libro contiene. De lo que no hay duda es que con él Miguel Luis Rocuant ha realizado su obra maestra.—JANUARIO ESPINOSA.



LA TRAMPA DE GINEBRA, por *Jorge F. Sergi*. Editorial Tor. Buenos Aires, 1936.

El defecto de volumen más perfilado que posee *La Trampa de Ginebra* es la parcialidad ardorosa con que está escrito. El señor Sergi aunque es argentino descende de italianos, como casi la tercera parte de la población de la República vecina y en tal carácter, todos sus razonamientos se orientan a justificar a Italia, en detrimento, especialmente, de Inglaterra. Y no obstante el título de su obra, no escasa dimensión de su contenido está dedicado a atacar a este último país, de manera casi exclusiva.

Es cierto que al referirse a la Liga de las Naciones en un